

PERFILES.

(Escritos expresamente para el número de la *Gaceta Médica de México* del centenario de la Independencia Mexicana.)

I

DEL DR. GABINO BARREDA.

UN amigo hablábame sin exaltación del creciente desarrollo de un impulso corruptor de misticismo mercantil, que él cree desprovisto de toda sinceridad, pero no por tal menos nocivo a los permanentes intereses espirituales de nuestro país. Sin esperar mi opinión, antes bien anticipándola, me señaló mi deber de avivar el recuerdo de Barreda como correctivo de semejante misticismo. Cíñome a lo mandado y para sacar a luz mi perfil me acojo a la *Gaceta Médica de México*, que sabe acoger en su familia a los extraños con singular benevolencia.

Misticismo es aquel estado del espíritu en que todo se deriva de un principio o fuente puramente subjetivos. Desdeñan los místicos la realidad e ignoran el equilibrio mental que nace de la concordancia de lo objetivo (lo que conocemos por el sensorio) con lo subjetivo (nuestro entendimiento). Barreda no vió con menosprecio lo subjetivo ni exaltó en demasía lo objetivo: enalteció sí, la armonía de las dos fuentes de nuestros conocimientos, de los dos elementos inseparables de la verdad, y a difundir ésta, comprendida así, consagró su vida incomparable. De aquí que mi amigo perciba clarísimamente el papel de la obra de Barreda como útil contrapeso de los extravíos de esa loca de la casa que llamamos *imaginación*.

La naturaleza no siempre nos es favorable; unas ocasiones parece que nos sonrío, otras parece que nos odia, en realidad, es *indiferente*. A las veces se advierte en ella orden o buen gobierno, alguna vez lo muestra malo o con desorden; ya notamos en la misma, regularidad perfecta, ya la domina una anarquía desastrosa, esencialmente destructora, cuya utilidad final parece, al menos, dudósísima. Da impresión en este último caso, de que abusa de su autoridad, y hasta exaspera a los hombres. Si llueve más o menos del promedio anual o mensual, si la temperatura baja o sube sin

alejarse demasiado de la media del día, del mes o de la estación, protestan ciertos hombres; pero apenas se exagera la intensidad de acción de los elementos naturales, ante la desusada fuerza de éstos empiezan las recriminaciones; y gracias a esta rebelión de unos cuantos, a pesar de la abrumadora superioridad de la naturaleza, la domesticamos o vencemos esta u otra vez, la plegamos a nuestras necesidades o caprichos con soberana maestría, y estimulados por los buenos éxitos anteriores, volvemos a conquistarla nuevamente. Pero antes de seguir adelante digamos *qué es la naturaleza*. No es una entidad cuya manifestación es ella misma, como diría un metafísico, es el *conjunto de fenómenos de varia índole que se producen sin la intervención del hombre*. Natural es todo lo que acaece sin que intervengamos; artificial es todo lo que sucede con nuestra intervención. El rayo que surge en las nubes y sigue su curso sin que modifiquemos su carrera, es un fenómeno *natural*; si con el pararrayos lo desviamos de su ruta, el fenómeno es *artificial* desde el momento que entró en contacto con nuestro aparato. La conquista de la naturaleza se ha resumido en la ciencia, que es el conocimiento de lo que *es* en cada categoría de fenómenos, o cómo están enlazados unos con otros. Ella nos enseña a modificar los fenómenos naturales que nos son adversos, o los que siéndonos favorables se manifiestan con gran intensidad que nos daña en lugar de beneficiarnos. Su poder unificador y modificador, el de la ciencia, son de tal manera universales e irresistibles, que aún los místicos los reconocen. En efecto, invocan a la ciencia para que les proteja sus templos poniendo pararrayos y acuden al médico para que les calme el dolor o les cure su dolencia.

Barreda decía, en su magistral apreciación de la vida y la obra de su maestro Miguel F. Jiménez: "En el tratamiento de la embolia intestinal, Jiménez, con su habitual perspicacia, ha sabido comprender la funesta influencia que el dolor, aunque simple consecuencia, al parecer del mal principal, tiene sobre la marcha de éste, por las contracciones tumultuosas que suscita por acción refleja, en vez de los graduales y sucesivos movimientos peristálticos que serían de desearse. Consecuente con esta análisis de dinámica patológica estableció como primera indicación del tratamiento del íleo, la aplicación prolongada del heroico anestésico del siglo, rompiendo así el gastado carril del rutinerio dogmatismo, y demostrando con sus brillantes éxitos, que la pretendida sabiduría de la naturaleza es una pura fantasía, que si a veces parece estar de acuerdo con los hechos, otras está en completa oposición con ellos; y que *en la Medicina, como en las demás artes, las condiciones espontáneas de los hechos, unas veces son favorables y otras adversas a nuestros deseos, deduciéndose racionalmente de aquí el precepto de favo-*

días, en que en el mundo buscan unos, romper con lo pasado, y en que otros, predicán la destrucción tratando de imponer el reinado del terror sobre todas las costumbres nacionales, vuelvo a mis grandes maestros la mirada, o vuelvo atrás en el camino y torno la espalda a los malos consejeros y escribo estas líneas, para mostrar con ellas, que, en todo momento estoy decidido a alejar de mí cualquiera cáliz que envenenado se me ofrezca.

No todos pueden explicarlo, pero sí sentirlo, que sin gran espíritu analítico y con un poco de discernimiento, se advierte el vicio radical de todo sistema en que se intente desdeñar más o menos abiertamente el fruto de los esfuerzos de los predecesores, porque tratar de organizar así, es desorganizar, es levantar cualquiera fábrica sin los indispensables cimientos. La única labor fecunda en bienes en todos los órdenes de la actividad humana, es la de los continuadores. ¿Qué es un continuador? — Es aquel que enlaza lo pasado a lo presente y prepara lo porvenir; es un órgano de persistencia, que no se improvisa, que no se crea, que se hereda; es una manifestación de la ley de las gradaciones o de las etapas, de la ley de los pasos contados y de los frutos maduros; es, en una palabra, el más rico tesoro de una sociedad, el mejor ornamento de ésta y su firmísimo apoyo.

Grandes maestros son la gloria nuestra en la Medicina nacional; dos de ellos llenan una época; *Miguel F. Jiménez* y *Rafael Lucio*. De estos soles es Terrés el heredero o continuador: en la enseñanza, en la literatura, en el descubrimiento y en el ejercicio profesional. Estimulado en la empresa de servir a sus semejantes con el ejemplo de tales mentores y con las dotes que naturalmente trajo al nacer, Terrés ha sido el sucesor de los mismos en la enseñanza de la Clínica Médica y la Patología Interna y el portaestandarte de la probidad médica en la práctica cotidiana y el más constante en cooperar a la formación de una literatura médica castiza y a mantener el prestigio fundado en méritos reales y no en meras declamaciones.

Aguno de los discípulos de Terrés ha de haber que no se comprometa conmigo a firmar este perfil; no ha de haber bebido bien en la tranquila fuente del saber del maestro o ha de ser de los que bastardean de sus antepasados, porque yo deduzco de los antecedentes y no imbuyo a nadie en opiniones erróneas, o de las no demostrables. Encerrarse en un gabinete para consagrarse a trabajar en el estudio con la mira de aprender qué son el mundo, la sociedad y el hombre, es meritorio o merecedor de todo aplauso; pero más noble aún es el empeño de conocer cómo son las cosas para modificarlas o ponerlas después en la condición más favorable que puedan tener. La tarea del primero, es la del sabio; la del

recer las primeras y de combatir las segundas; pero sin que esto autorice de ningún modo la infantil y cándida suposición de una solitud providencial, o de una hostilidad intencional de la naturaleza."

Las palabras con cursiva indican suficientemente el carácter de rigurosa demostración de las enseñanzas de Barreda. A educar sobre bases así consagró años y años, y su propia educación la adquirió en el estudio de la jurisprudencia, en el médico completo y acabado, en la meditación prolongada, en el estudio de los grandes autores y en la observación concienzuda y permanente de todos los hechos. Fué maestro en todo, y en sus escritos y en sus lecciones sobresalió como gran autor y profesor de Metodología o de *Fundamentos Lógicos de las Ciencias*. Sus memorias, ensayos, artículos, etc., sobre asuntos matemáticos y astronómicos, físicos y químicos, biológicos y sociológicos, morales y médicos, enseñan cuan profunda y completamente conocía los lógicos fundamentos de todas las ciencias, cuán exactamente observaba y cuán diestramente sabía coordinar sus variados conocimientos. En lo biológico, lo sociológico y lo moral fué un observador admirable que escuchaba y notaba, que supo sorprender con sagacidad la vida individual y colectiva en sus manifestaciones más diversas y expresarla en páginas de sorprendente realidad. Con su pluma, gracias al milagro de un estilo lleno de imágenes y sonriente, capaz de llegar a menudo a la perfección, los cuadros animados se suceden de tal manera que se ve resucitar lo pasado en su pompa exterior y en su miseria moral e intelectual igualmente.

Fué maestro y constructor por excelencia. Sus ideas eran positivas, sus propósitos claros, simples y trascendentes o penetrantes. Su gran superioridad consistió en discernir las ocasiones y en obrar en consonancia, en no proponer más que lo asequible y realizable, en no intentar sino lo posible y en no efectuar sino lo durable. Más aún: fué un perfecto moralista: teórico y práctico. Por liberal-republicano le encarcelaron los conservadores, y cuando la nacionalización de los bienes del clero católico, católicos parientes suyos cercanos, muy cercanos, pidieron adjudicación de algunos de esos bienes, *que fué concedida*; y él, de la escuela filosófica más avanzada en la emancipación mental, nunca toleró que en su bolsillo ingresase un centavo que no lo debiese a su honroso trabajo.

II

DEL DR. JOSE TERRES.

En la persona del doctor Terrés vemos encarnado sus discípulos el espíritu y el genio de la raza indígena, con todas sus vicisitudes, con todos sus sacrificios y sus triunfos. Por eso en estos

segundo, la del artista o transformador de lo que le rodea; aquél se dedica a la ciencia, éste al arte. Terrés ha sido y es médico y sabio, artista y conocedor de las leyes naturales.

Favorecido de la naturaleza con un claro talento y severo disciplinante de éste; lo uno y lo otro, lo natural y lo artificial, le han valido ser fecundo en arbitrios en sus distintas labores y gozar del placer de ser escuchado y gozarse del bien del prójimo. Cuando halla con un tropiezo en vez de creerse herido de muerte, es incansable en el trabajo o incesante en sus tareas hasta que llega a vencer en la batalla; de aquí que no sea una sorpresa su continuado triunfo.

Inductivos de error son los maestros que no siempre demuestran, porque unas veces irán por el buen camino y otras por mala senda, y los alumnos, no expertos en los juicios, no distinguirán una cosa de otra. Terrés no es de esos y juzga siempre de los hechos con su rectitud acostumbrada y jamás sobre opiniones cuyos fundamentos desconoce.

Lamentarse de su suerte es la eterna cantilena de los débiles que llegan hasta maldecir de los suyos y en vez de matarse a puro trabajo manchan con vicios su conducta, en lugar de meterse en los peligros son negligentes en sus negocios. Terrés figura entre los pocos mexicanos fuertes de condición que ocupados por un noble pensamiento no retroceden en el camino hasta no haber triunfado. Querido de todo el mundo *ni el oro* es, y redundante en utilidad trazar estos perfiles para saciar de carne fresca a los murmuradores. El que tira a caballero desde niño nos lo enseña y el que ultraja con vocablos no tributa respeto a nadie, vaga por la oscuridad y vincula su gloria en sus estériles acciones zampándose en donde nadie le llama.

No es esotérico decir que el juicio más fundado del hombre grande únicamente puede pronunciarse cuando ya él ha muerto; mas exotérico es que solo en vida suya podemos mostrarle nuestro cariño, nuestra gratitud y nuestra admiración de modo que los sienta. Colígese de lo dicho qué moviome a trazar este perfil del conocido y reconocido maestro don José Terrés.

México, 31 de agosto de 1921.

AGUSTIN ARAGON.